

FISTON MWANZA MUJILA

Tranvía 83

Traducción de
RUBÉN MARTÍN GIRÁLDEZ

Te ganarás el pan con el sudor de tus pechos

1. En el principio fue la piedra y la piedra originó la posesión y la posesión la fiebre, y con la fiebre llegaron hombres de rostros diversos que construyeron vías férreas en la roca, fabricaron una vida de vino de palma, inventaron un sistema, entre minas y mercancías.

Estación del Norte. Viernes, entre las siete y las nueve de la tarde.

—Paciencia, amigo mío, ya sabes que nuestros trenes han perdido la noción del tiempo.

La estación del Norte se descomedía... Era poco más que una estructura metálica inacabada, demolida por obuses, con raíles y locomotoras que recordaban a la vía férrea construida por Stanley,* campos de mandioca, hoteles baratos, restaurantuchos, burdeles, iglesias del despertar, panaderías y ruidos orquestados por los hombres, mezcladas todas las generaciones y nacionalidades. Era el único sitio del mundo donde uno podía ahorcarse, defecar, blasfemar, enamorarse y robar sin que nadie le prestase la más mínima atención. Además, flotaba un aire de complicidad permanente. Los chacales no se comen a los chacales. Se abalanzan sobre los pavos y las perdices y las devoran. La leyenda, que a menudo nos engaña, recogía la idea de que todos los proyectos del maquis y de las guerras de liberación nacieron allí, entre dos locomotoras. La misma leyenda, por si no bastase, pretendía que la construcción del ferrocarril provocó numerosas muertes que

* Hay un glosario a partir de la página 213. (N del e.).

había que achacar a las enfermedades tropicales, a los fallos técnicos, a las malas condiciones laborales impuestas por la administración colonial, en fin: lo de siempre.

—Estación del Norte. Viernes. Entre las siete y las nueve de la tarde.

Llevaba allí tres horas, chocando con los pasajeros y esperando la llegada del tren. Lucien se había preocupado de insistir en la noción de tiempo y en aquellos trenes que batían todos los récords: descarrilamientos, retrasos, aglomeración... Requiem tenía cosas más importantes que hacer que esperar a aquel individuo que, con el correr de los años, se había vuelto insignificante a sus ojos. Desde que le había dado la espalda al marxismo, Requiem tildaba de comunista de postal y de ideólogo de pacotilla a todo aquel que le privase de su libertad de pensar y actuar. Tenía que entregar una mercancía, su vida dependía de ello, pero el tren en el que venía aquel cabrón de Lucien se hacía esperar.

Estación del Norte. Viernes. Entre las siete y las...

—¿Le apetece compañía al señor?

Una chica, vestida como viste cualquiera un viernes noche en una estación con la estructura metálica inacabada se paró a su lado. Un instante para evaluar el percal, un ruido sordo, un estruendo que indicaba la entrada de la bestia.

—¿Tienes hora, ciudadano?

Llevaba un rato observando a la muchacha y se la había imaginado en su catre a pesar de la penumbra. La atrajo hacia sí, le preguntó el nombre, «llámame Requiem», le pasó a la chavala los dedos por las tetas, otra frase: «Menudos muslos, como una botella de vodka...» antes de desaparecer entre la masa, viscosa, triste, pegajosa, lúgubre...

Hacía falta una indicación. Un lugar donde pudiesen charlar con tranquilidad. Como la chica insistía, suspiró, se mordió los la-

bios y farfulló: «Quedamos en el Tranvía 83». Bien mirado no tenía mucho sentido, porque le tocaba acompañar a aquel Lucien de marrras. Requiem hizo un visaje ante la idea. Y luego estaba la mercancía que había que entregar a los turistas recién llegados de Europa del Este. Mientras tanto, el jaleo iba en aumento. La pega era que los trenes que llegaban a aquellas horas de la noche transportaban a toda la chusma incapaz, tanto estudiantes como trabajadores de las minas, de llegar al centro por sus propios medios. Las vías, por razones hasta entonces desconocidas, partían en dos la única universidad local. Las clases de la tarde se veían alteradas no por el bullicio de la maquinaria, sino por el de los estudiantes que salían pitando de allí con sus cachivaches a cuestras, ya que perder aquel tren significaba cagarla pero bien, mi querido intelectual. El puñado de profesores que ocupaba los arrabales de la Ciudad-País hacía mutis al mismo tiempo que sus discípulos. El instinto de supervivencia no se enseña. Es innato. De lo contrario ya habrían implantado un curso de instinto en las universidades. Los trenes pasaban sin detenerse. Se arriesgaban a que los estudiantes más rápidos se agarrasen a los cochambrosos vagones, ¡costase lo que costase! A la frivolidad de aquellos estudiantes que creían que les estaba permitido todo se oponía la brutalidad de los cavadores que iban y venían en aquellos mismos trastos. Los primeros recriminaban a los segundos que malbaratasen su dignidad a los explotadores y negociantes mineros de diversa índole. Los segundos se burlaban, demostrando con sus cuerpos mugrientos y agarrotados a causa de tanta radioactividad que no hace falta pasar por las aulas para follar y celebrarlo luego con una cerveza bien fresca. Además, algunos estudiantes tanteaban el tema de las minas para saldar sus deudas.

Requiem se puso a buscar la aguja en aquel pajar. Los estudiantes, consumidos y superados por los acontecimientos, furiosos, esgrimían teorías como si fuesen botines de guerra. Los mineros-cavadores o cavadores-mineros, depende, soltaban por la

2. Primera noche en el Tranvía 83: noche de la depravación, noche de la curda, noche de la mendicidad, noche de la eyaculación precoz, noche de la sífilis y otras enfermedades de transmisión sexual, noche de la prostitución, noche de la triquiñuela, noche de la danza y de la danza, noche que engendra cosas que no existen sino en un exceso de cerveza y en la intención de vaciar unos bolsillos que chorrean minerales de sangre, esa boñiga elevada a la categoría de las materias primas; en el principio fue la piedra...

—Andábamos en medio de las tinieblas de la historia. Éramos la gallina de los huevos de oro de un sistema de pensamiento que se aprovechaba de nuestra juventud, que nos machacó por completo. Éramos una mierda.

—Teníamos un ideal, la inocencia..

—La inocencia —repitió Requiem con un estallido de risa—. La inocencia dices, ¿en serio? La inocencia es una bajeza. Hay que vivir con la época, hermano mío.

—No has cambiado ni pizca.

—Aquí no se envejece, uno existe y punto.

—Requiem...

—Aquí como en Nuevo México, sálvese quien pueda pero yo primero.

El Tranvía 83 era de los restaurantes y bares de busconas mejor surtidos. Su fama se extendía más allá de las fronteras de la Ciudad-País. Ver el Tranvía 83 y diñarla, repetían los turistas que

llegaban de todas partes del mundo para despachar los asuntos corrientes. De día erraban como zombis por las zonas mineras que acumulaban a manos llenas, y de noche aterrizaban en el Tranvía 83 para refrescar la memoria. De modo que el lugar pasaba por un auténtico teatro a pesar de ser un gran circo. Y esto es lo que se oía de fondo.

—Me muero de ganas de masajearte el cuerpo para ir calentando y después lamerte lentamente, lamerte el cuerpo entero, lamerte hasta quedarme sin saliva.

Los clientes potenciales no se privan de abordar a las mujeres libres con la misma cantinela no solo en el Tranvía 83, sino en la propia universidad.

Músicos por casualidad o prostitutas de la tercera edad o prestidigitadores o pastores de iglesias del despertar o estudiantes con pinta de mecánicos o médicos que diagnostican en los antros nocturnos o jóvenes periodistas ya jubilados o travestis o revendedores de zapatos de segundo pie o actores porno amateurs o bandoleros o proxenetas o abogados expulsados del colegio u hombres para todo o extransexuales o bailarines de polca o piratas de mar o demandantes de asilo político o estafadores de bandas organizadas o arqueólogos o cazarrecompensas de poca monta o aventureros de tiempos modernos o exploradores en busca de una civilización perdida o vendedores de órganos o filósofos de la purria o vendedores ambulantes de agua potable o peluqueros o limpiabotas o reparadores de piezas de recambio o viudas de militares u obsesos sexuales o apasionados de las novelas románticas perfumadas de agua de rosas o disidentes rebeldes o hermanos en Cristo o druidas o chamanes o vendedores de afrodisíacos o escritores públicos o vendedores de auténticos pasaportes falsificados o traficantes de armas de fuego o recaderos o chamarileros o mineros prospectores escasos de liquidez o hermanos siameses o mamelucos o saltadores de caminos o francotiradores o arúspices o falsificadores

de moneda o militares ansiosos por violar o bebedores de leche adulterada o panaderos autodidactas o marabús o mercenarios aludiendo a Bob Denard o alcohólicos inveterados o cavadores o milicianos que se autoproclaman «dueños de la tierra» o políticos narcisistas o niños-soldado o cooperantes contra viento y marea en mil proyectos pesadillescos de construcción de vías férreas y de explotaciones caseras de minerales de cobre y manganeso o portilleros o camellos o ayudantas de camarera o repartidores de pizza o vendedores de hormonas del crecimiento, toda clase de tribus invaden el Tranvía 83 en busca de una felicidad barata.

—¿Les apetece compañía a los señores?

Con apenas dieciséis años, embutidas en dos corsetitos minúsculos, dos chiquillas los recibieron con una sonrisa inextricable. Requiem se paró delante de la de la melena sabana boscosa.

—Tus pechos sacian mi sed...

—Señor...

—¿Una sesión de masaje cuánto cuesta?

La chica dijo una cifra.

—¿Tú sabes que la bolsa de Tokio está en caída libre?

Ella lo agarró por las muñecas...

—Beneficio igual a precio de venta más precio de compra menos el embalaje...

En la fachada del Tranvía, un cartel enorme: «Se desaconseja a pobres, desgraciados, incircuncisos, historiadores, arqueólogos, cobardes, psicólogos, tacaños, imbéciles, insolventes con la mala suerte de no haber cumplido los catorce años, sin olvidar a los elegidos de la casa 12, los cavadores sin blanca, los estudiantes sádicos, los políticos de la Segunda República, los historiadores, los que imparten lecciones, los soplones...». Requiem se apuntó el número de teléfono de la chica. Entraron en el establecimiento. Nada de especial en aquel Tranvía 83. Todo a oscuras. La cueva de Lascaux, parecía. Hombres. Mujeres. Niños con vasos y ciga-

3. En casa de Requiem con las madres solteras de los tomates superextra por tetas...

Requiem vivía en Los Vampiros, un barrio burgués a medio camino entre la estación y el centro. Tenía alquilado un apartamento bastante espacioso para un soltero en los tiempos que corren. Los Vampiros databa del período colonial. Se construyó para delimitar el lugar, con materiales duraderos, tejas de terracota, arterias salpicadas de flamboyanes, abetos y plumerias. Los primeros europeos que se asentaron allí murieron por culpa

—¿Vives solo?

—¡Sí!

—La chupamos bien.

de unas condiciones sanitarias y climáticas precarias, como tienen por costumbre. Había que transformar el sitio a toda costa: levantar paredes como Dios manda, luchar contra el sentimiento de exilio y de desarraigo que perjudicaba sus «transacciones», contaba Requiem partiéndose de risa, él que llevaba la sangre de un armador ruso llegado en busca de fortuna a la canícula de los trópicos. Los chismorreos del Tranvía 83 de julio de 1972 especulaban sobre sus orígenes eslavos. Los chismorreos del Tranvía 83 de febrero de 1982 especulaban sobre sus orígenes vietnamitas. Los chismorreos del Tranvía 83 de septiembre de 1992 especulaban sobre sus orígenes comorianos. La leyenda cuenta que pusieron una fundición para

—Llamadme Astrid. No sé vivir sin caricias.

—Émilienne, libre como el océano...

—Requiem...

—Habla, te escucho.

obtener lingotes de cobre. Y no lejos de aquella pequeña empresa fue donde se decidió ubicar la nueva ciudad. El personal de la fundición se alojaba en los alrededores. A una veintena de kilómetros de allí se desarrollaron los servicios administrativos, la banca, el correo... Se empezó a... Al principio la piedra y la piedra, el ferrocarril y el ferrocarril, la llegada de hombres de diversas nacionalidades que chapurreaban el mismo dialecto: el sexo-coltán, ebrios de sexo y de dinero fácil, perversos, aventureros natos, dispuestos a obedecer a cualquier soplo con tal de rascar algo, de sacar dinero y sexo y más dinero aún.

—Yo no quiero follar. Hoy estoy chungo.

—Menuda broma de mal gusto.

Hacia los años 1910-1920, la segregación entre la parte europea y las poblaciones africanas se tradujo en los planes de urbanismo. Los recién llegados, con sus universidades, colegios, hospitales e iglesias auestas, se guardaron mucho de quedarse en la ciudad,

—¿El Lejano Oeste?

—¿Por qué?

—Somos de la civilización del ferrocarril...

—¿Y qué hay de mis tetas?

obligando a los segundos, indígenas de su especie, a vivir en arrabales. Solo algunos músicos con un repertorio salpicado de góspel de África austral —Rodesia del Norte, Nyasalandia...— penetraron en los círculos cerrados. Lo mismo para la servidumbre y los hombres de confianza. Por motivos similares.

—¿Y qué hay de mis tetas?

Vadearon una decena de vías férreas, recorrieron durante su buena media hora la calle principal magreándose...

4. Los hombres y los vientos tienen en común lo siguiente: no tienen los pies en el suelo. Nómadas, van y vienen como las penas de amor, las tensiones, las independencias, las guerras de liberación, las ganas de defecar en las escaleras de un edificio entre dos pisos.

Lucien se levantó de la cama a las tres de la tarde. Requiem y las chicas ya le habían dicho adiós. La cabeza embotada, estremeciéndose por náuseas y migrañas. Lucien se encontraba así de mal cada vez que bebía un poco de más. ¿Pero por qué demonios se había entregado a la ebriedad para acabar con los placeres de ahí abajo? Achacó el cansancio a dichos placeres y la náusea-migraña al alcohol. Intentó caminar. Las piernas le temblaban. Imposible moverse.

—¡Requiem!

Lo llamó. Nada. Su compañero debía de andar resolviendo algún negocio. ¿Si no por qué se había marchado tan pronto sin preocuparse de su drama? Volvió a quedarse dormido con los ojos medio abiertos...

Lucien era de los que tienen pesadillas. Había tenido dos, una detrás de otra, sin interrupción. Se puso a analizarlas. El primer sueño no tenía nada de apocalíptico. Una voz de metal a la que habían enjaretado la cara de Jacqueline le ordenaba que cogiese sus papelajos y se metiese de cabeza en el primer tren con destino al Transpaís, la tierra donde del suelo brotan leche y miel. Y él, con un traje sin mangas, en medio del escenario de un teatro,

rezongaba, se mofaba de la voz y de la jeta y parloteaba en un idioma sin erres, zetas, tes, aes y eses. Se defendía argumentando que era su vida y que podía hacer lo que le diese la real gana con ella. Y entonces la voz y el rostro adoptaban un aire distinto. Se daba cuenta de que ya no estaba en un escenario, sino en una barca que zarpaba en un puerto envuelto en brumas; entre las piernas, un gato lamiéndole el pie izquierdo.

Sacudió la cabeza, pegó un grito ronco, agarró la maleta, sacó la libretita, garabateó un par de líneas. Comenzó a analizar los personajes del sueño por etapas. La voz que lo abroncaba, Dios o tal vez manes acosados por la soledad. Él adoraba a los manes, pero desde el fallecimiento de su hija su vida espiritual se había transformado. ¿Por qué solo la jeta de Jacqueline y no la de Requiem o incluso la de Émilienne? A lo mejor porque acabas de verla desnuda por primera vez, se dijo. Aun así, ¿cómo se entendía? ¿Y el tren que sugería la deserción y el exilio? ¿Y la barca? ¿Y el gato con los colores de la Juventus de Turín?

Segundo sueño. Como si perteneciese al preludeo del primero, sucede en un escenario pero esta vez musical, acompañando a Toumani Diabaté, *Les variations mandingue*. Al terminar una canción, todo el mundo, músicos incluidos, le suplican que abandone la Ciudad-País. Se despierta dentro del sueño con intención de marcharse. ¿Adónde? Advierte que está desnudo, sudado, sucio. ¡Le han desaparecido los zapatos, la ropa, la cartera, el cuaderno y el pañuelo! Intenta ponerse en marcha en pelotas. Es entonces cuando una turba comienza a perseguirlo gesticulando agresivamente, profiriendo amenazas y parábolas. Se inclina, reacomoda la almohada, continúa decodificando el enigma. Suspira y se vuelve a dormir, es probable que tenga otro sueño...

Requiem todavía no había vuelto. Aquel hombre de suelas de raíl no volvía más que para coger pasta o guardarla. Sus vecinos lo odiaban con un ojo y lo admiraban con el otro. Cuando volvía

GLOSARIO

ABDERRAHMANE SISSAKO: Cineasta nacido en Mauritania a principios de los 60, autor de las películas *Bamako* y *Timbuktu*, que fue seleccionada para el Festival de Cannes y nominada como mejor película en lengua no inglesa en los Óscar del año 2014. El amigo de Lucien en la Puerta de Clignancourt se refiere a *Heremakono* [Esperando la felicidad], donde el protagonista, Abdallah, espera en el interregno de Nuadibú para pasar a España, semianulado por la inercia y la incompreensión de un idioma que ha olvidado.

ALIGÁTOR: Término empleado por los jazzistas negros, principalmente en Nueva Orleans, con tres acepciones distintas: 1) el baile del bugui-bugui, 2) el que está en el ajo y 3) —y este es el sentido que nos interesa aquí, el peyorativo— los músicos de jazz blancos.

ATALAKU: En kikongo o bantú, *atalaku* significa «atento, mira aquí», y en el ámbito musical se corresponde con la figura de un segundo cantante que actúa a modo de comparsa, exhortando, exclamando, subrayando, lanzando consignas que funcionan como contrapunto a la voz principal. En una misma canción pueden llegar a participar hasta cuatro o cinco atalaks.

BANANIA: Marca registrada de un compuesto en polvo para bebida de cacao y plátano muy popular desde principios del siglo xx en Francia. A partir de 1915, el logo de Banania fue un senegalés con una sonrisa de oreja a oreja.

BANTÚ: El área geográfica bantú se enmarca entre el sur de Camerún y el norte de Namibia; por el occidente la bordea la costa atlántica y com-